

LA CANTERA

PRIMERA PIEDRA

Mauthausen, la cantera, la angustia de ser hombre, la nieve, los gritos, el hambre, la guerra, ausencias, uniforme de rayas, pájaros de cenizas, bestias de barro, zuecos de madera, la eternidad de un suspiro, palabras de sal, destino incierto, sonidos huecos, mano sentenciosa...

Ha empezado a nevar, Miguel, hoy el trabajo será más duro. No cesa de aullar el viento helado, el día ha amanecido silenciosamente triste, la atmósfera en el campo tiene un color pajizo y muerto. Las piedras que tenemos que subir desde la cantera deben rondar los cincuenta kilos. Nos las cargaremos en la espalda y comenzaremos el ascenso. Son ciento cuarenta peldaños, los he ido contando cada día, los he ido sumando en su crecida. Crees que soy uno de los más débiles porque fui maestro en España, nunca trabajé como tú en el campo de sol a sol, ni en la mina, ni en el mar como otros compañeros. Intentas protegerme, como si fueras mi hermano. Cuando formamos en la *appelplatz* a las cinco y cuarto de la mañana para ir a trabajar, procuras que yo vaya siempre en el centro para librarme de los golpes de los Kapos y de los SS, que descargan con más fuerza contra los que van marchando en los extremos. Sé que has hecho unas sandalias con trozos de tela y esparto, y has sobornado con ellas al jefe de la cantera para que sea yo quien suba las piedras de menos peso. No quiero que te sacrifiques más, Miguel. Me estoy volviendo fuerte, ahora sé que morirse en Mauthausen no tiene mérito, lo difícil es construir la vida, vivir es lo difícil. Es difícil combatir el dolor y el desaliento, es difícil llenar todos tus vacíos. Los españoles que compartimos el barracón hemos decidido luchar, defender nuestra identidad, sobrevivir para que algún día se sepa nuestra historia. Los nazis quieren rebajarnos al deshonor, para ellos la grandeza del mundo se convierte en pompa, desfiles, uniformes y esvásticas. Para ellos ni siquiera tenemos condición humana, quieren convencernos a toda costa de que somos *Stück* que significa “trozo”, trozos de una materia sucia y deleznable, trozos de algo impúdico, trozos de esqueletos de una raza inferior.

Miguel, te lo vuelvo a repetir: precisamos de una verdad que nos sujete, que nos afirme. Fuera de aquí hay un mundo que nos pertenece. Ya sabes que se caen los abrazos que no tienen alma, caen las palabras que vacían su cáliz, caen las horas que descarnan el tiempo con su miserable rutina de gritos y armas. Hay momentos en que no sabemos quiénes somos, ni a dónde hemos llegado, ni por qué estamos tan solos dentro de este infierno que no acoge el murmullo del arroyo, ni la canción del viento sobre los álamos, ni la voz del hombre verdadero: la voz del abuelo que traía a nuestros oídos las historias más hermosas, la ventura de sus días cuando el agua volteaba las aspas del molino; cuando aquellas muchachas, con los senos de trigo, lavaban sus cabellos en el río; cuando prendía la lumbre del invierno cuentos de bandoleros y forajidos... Ya estamos llegando a lo alto de la escalera, Miguel, venga sigue, sólo dos peldaños más: uno... dos... Descargamos. Tenemos que volver a bajar a la cantera.

SEGUNDA PIEDRA

La piedra de Sísifo, pasos rotos, pies hundidos en la nieve, titán contra su sombra, cabezas rubias de soldados, ojos azules de porcelana fría, tábanos en los costados, cuchillos de cristal en las manos, muerte que llama, besos que se inventan...

Vamos a por la segunda, Miguel. Hay que tener mucho cuidado. Ya han sido dos compañeros los que han resbalado por la escalera arrastrando a todos los que iban detrás. Un polaco ha quedado malherido en el suelo y un SS lo ha rematado con la pistola. Lo de todos los días, cuando no somos útiles nos vuelan los sesos. Estas malditas piedras nos laceran la espalda, tenemos los pies desgarrados, el estómago vacío. Esa agua sucia que llaman “café”, hace ya más de tres horas que se pudre en nuestras vísceras. Pero tenemos que resistir, compañero, tenemos que resistir. Veo tus ojos llenos de cieno, y escucho tu corazón entero que es para Manuela, tu Manuelilla, a la que dejaste con tan sólo ocho años para ir a una guerra que perdimos. Has guardado durante tres días tus raciones de pan y las has cambiado por un lápiz y varios pedazos de papel. Quieres que le

escriba a tu hija, porque tú nunca fuiste a la escuela. Y lo haré, por supuesto que lo haré. Le pondré las cosas más bonitas del mundo, todas las que tú me digas, todas las que puedan convertirla en la niña más feliz sobre la tierra. Lo haré también pensando en Irene, mi hija, que tan sólo vivió tres horas. Como ya te he contado; cuando Madrid cayó en manos enemigas; Julia, mi esposa, que estaba en avanzado estado de gestación y yo nos vimos obligados a huir. Pasamos por caminos devastados, vimos pueblos derruidos, observé esas casas solariegas que cuando eran alcanzadas por las bombas gemían sin poder librarse ya de la hecatombe. Aún siento el olor roñoso de las maletas de cartón, aún oigo el chirrido de los carromatos viejos, nunca olvidaré ese viaje hacia todos los sitios, que era ir siempre hacia ninguna parte. Después de una semana deambulando por parajes desolados, nos acomodamos en uno de los frentes que aún resistía. Mi joven esposa parió en las trincheras, ayudada por dos milicianas. Julia acunó a la recién nacida, que respiraba como un pajarillo enfermo, y fue entonces cuando empecé a medir la tristeza hasta volverla infinita en sus ojos violetas, en el viento negro de su pelo, en su cuerpo enfermo que empezó a morir sin la más mínima opción a la esperanza. Nunca más volvió a ser ella sino otra con el mismo nombre, con la misma voz, con las mismas uñas, otra que sintió en sus sienes crecer la locura como una marea sorda cuando el corazón de la pequeña Irene dejó de latir. Abracé con fuerza a mi esposa, pero dentro de ella todo era sal y llanto. Yo mismo cavé la sepultura, y Julia depositó el cadáver de la niña en el frío lecho. Besé sus manos, y en su tacto presentí cómo se despeñaba por un abismo que equivalía a mil viajes al fondo oscuro de la vida. Durante tres días estuvo con una fiebre altísima, sin cesar de gritar en su delirio el nombre de Irene. Murió en mis brazos, mientras una lluvia lenta caía sobre nosotros. Me quedé bajo la encina, convertido en una sombra, percibiendo el olor acre de la noche, vacía de jazmines para siempre.

Te recordaré hasta el día de mi muerte, amada Julia, tú me enseñaste que la pasión nuestra no era poesía agotada, no era un tedio consumiéndose en las horas inagotables de la tristeza. Abro la vida y leo tu nombre como un rastro que me indica cómo es el destino. No permitiré jamás que el olvido caiga en diminutas muertes sobre ti. Debo resucitarte con ese presentimiento único que

queda al borde de los labios. Estás creciendo dentro de mi alma segundo a segundo, y te voy sintiendo desde dentro... Voy persiguiendo el recuerdo de tu cuerpo sujeto a la cascada de la madre, inmerso en esa hondura nuestra donde estaba la verdad más absoluta. Siempre me dijiste que había que vencer los momentos más sombríos. Sí, recuerdo tus palabras, amor mío: “*Vamos a bailar sobre un campo en primavera, sobre la cáscara de un mundo dócil y servicial, vamos a bailar para sentir que todo esto merece la pena*”. Y bailábamos hasta el alba, bailábamos y reíamos hasta caer rendidos, mi querida Julia.

Ella se marchó demasiado pronto, Miguel, Julia me dejó solo bajo una lluvia lenta y cansada. Fue Marcial, el que me arrastró hacia uno de los carros donde emprendimos la marcha. Los soldados de aquel batallón, y todos los que habíamos llegado huyendo de otros lugares, nos dirigimos a Francia. Camino de París nos encontramos. Me reconociste enseguida, Miguel, a pesar de llevar ya la barba crecida y el traje andrajoso. Sí, yo era Bernardo “el maestro”, aquel que participó en las Misiones Pedagógicas con otros compañeros. Siempre recordaré aquel día de octubre de 1932 en que todos tus vecinos salieron a la plaza para contemplar las vitrinas de la biblioteca, que yo mismo había creado y donado. Los misioneros culturales intentábamos combatir el analfabetismo de las zonas rurales más deprimidas de España. Todos los de tu pueblo, Miguel, visteis por primera vez el cine, a través de la pantalla portátil que instalamos en la plaza; y por primera vez escuchasteis en los gramófonos la música de Mozart y Beethoven. El Museo del Pueblo lo recorristeis con fascinación, y quedasteis maravillados con las reproducciones de los cuadros de los más grandes pintores. Te acercaste a mí y me confesaste que Manuelilla iría a la escuela, querías que fuera ella misma la que te leyera en voz alta todos los libros que os había dejado, en especial uno que yo te regalé: *La Odisea*, de Homero. Sin vacilar te uniste, como yo, a la Resistencia española en Francia. Mereció la pena, Miguel, aunque finalmente nos detuviera la Gestapo y nos enviara al campo.

TERCERA PIEDRA

Nieve teñida de sangre. Músculos entumecidos. Martinetes. Piedra sobre piedra. Gritos. Figuras negras sobre el blanco glacial. Procesión de hombres cadavéricos que aún respiran en el mundo de los vivos. Humillación. Exterminio. Un Dios ausente...

Estás agotado, Miguel. Ponte ahora tú en mitad de la fila y carga con una piedra menos pesada. Será la última que tengamos que subir antes de recibir el rancho, esa aguachirle con nabos y mondas que nos dan en el almuerzo. Tenemos tanta hambre que nos parece el mejor plato del mundo. ¡Fíjate, ayer! Cuando se les cayó la marmita a los presos que la traían, todos nos tiramos al suelo para lamer la sopa. Aunque los Kapos daban golpes a diestro y siniestro, no consiguieron que nos levantásemos hasta que lo hubimos apurado todo. Si no aprovechábamos la ocasión, tendríamos que pasar el resto del día sin comer nada, y aquí, bien lo sabemos, un poco de alimento supone alargar un poco más la vida. Nos han ordenado que paremos. El oficial de la SS ha indicado al Kapo que saque de la fila a los dos judíos que están casi en lo alto. ¿Lo has oído, Miguel? Yo lo he entendido perfectamente, los van a obligar a hacer “el salto del paracaidista.” Se tendrán que agarrar de la mano y colocarse delante del precipicio para arrojarse al vacío. Van a hacer lo mismo que hicieron con nuestros compañeros Armando y José, y con tantos otros deportados enfermos que ya no servían para el trabajo... Los hombres no quieren obedecer, los soldados han empezado a apedrearlos estallando en carcajadas. Un pedrusco ha alcanzado el rostro de uno de los judíos y lo ha desfigurado por completo, puedo verlo desde aquí. Esos malditos no paran de reírse, los van a empujar, Miguel, los empujan... Es horrible el sonido de los cuerpos despeñándose, el eco de los gritos, el rumor inequívoco de la muerte. ¿Cuándo acabará todo esto? ¡Cuánta humillación! Todos los que estamos aquí nacimos sin sombras, sin dolor, sin verdugos que descarnaran la tarea de vivir y de ser hombres; y ahora, en mitad de este averno, nos obligan a morir sin fechas, y sin nombres, porque aquí tan sólo somos un número y un triángulo de color azul, el color de los apátridas, el color de los desertores. Porque los *Spaniers* de Mauthausen ni siquiera tenemos derecho a pertenecer a una patria. ¡Cuánta rabia cabe en nuestras manos! Soy tantas cosas: arretrato, dolor,

herida, queja... ¡Qué lejos estoy aún de mí! Miguel, dime una palabra, dime algo que mitigue esa tristeza sorda que alojo en el corazón... Siento que todo va rodando hacia abajo, hacia el océano muerto de la desesperanza, hacia esa prosa malsana que quiere narrar otra mala historia en el libro de la vida. ¿Mencionas a Dios? Dios está ausente, compañero, Dios no está con nosotros...

BARRENO

Explosión. Piedras por doquier. Órdenes que suenan como cerrojos, como rejas, como cadenas. Una luz lechosa. Disparos secos de pistola. La escalera teñida de sangre. La tarde cae.

Ya nos hemos agrupado al otro lado del arroyo que pasa por la cantera. Van a hacer explotar un barreno. El ruido es ensordecedor. El humo aún caliente flota en el aire. Tenemos que coger las parihuelas y retirar todas las piedras que han caído a la plaza. Anoche escuché en el barracón cómo Pierre, el de Marsella, le contaba a un compañero que esta cantera es la más rentable del III Reich. Hitler quiere embellecer Berlín, Linz y Viena con el granito de Mauthausen. Eso es lo único que le importa a ese monstruo, Miguel, a ese megalómano enfermo que quiere ser el dueño de un nuevo mundo. Venga, acarreemos piedras como mansos bueyes, uncidos por el yugo... ¿Qué no podemos desmoralizarnos me dices, Miguel? Sí, compañero, a pesar de todo no podemos rendirnos como unos cobardes. No podemos permitir que las pesadillas pesen en nosotros más que los sueños. Sí, Miguel, a veces caminamos sin rumbo y vemos los ojos de otros compañeros asustados y tristes, y seguimos caminando y esos ojos no son ya ojos sino unos brazos que te acogen, una palabra que te alienta, una voz amiga que resulta como un bálsamo. Volvemos a tener conciencia de futuro y nos vamos transformando en otros completamente distintos, sosegados el dolor y la rabia... Eso me pasa contigo, Miguel, eres un hombre sencillito, hay en ti un don de frescura, que me atrapa, que me anima a seguir adelante, no eres un espíritu mezquino, y me repites que la vida no tiene más dicha que el beneficio que cabe dentro de ella. Por eso me ayudas tanto, por eso me proteges como a un hermano...Suenan las sirenas. Por fin acaba la jornada.

BARRACA 11

Pírrica cena. Literas de tres pisos apiladas como sepulturas abiertas. Piojos por doquier. Mantas raídas. Hedor insoportable. Sarna. Pústulas. Jóvenes muy viejos. Ratas. Miedo. Hacinamiento.

Sí, Miguel, enseguida. Ya hemos cenado. Antes de que apaguen las luces voy a enseñarte a escribir los números del uno al cinco. Lo estás haciendo muy bien, aunque cuando miras tu caligrafía dices que el uno parece un cayado torcido, el cuatro una silla destartalada, y el cinco un gancho deslucido. No te preocupes, poco a poco irás mejorando. Quieres que Manuelilla se sienta orgullosa de ti, que presuma de que su padre sabe algo más que la ciencia del pastoreo por las trochas y vericuetos de la serranía. Lo vas a conseguir. ¿Qué le escriba una carta? Claro que sí, Miguel, ahora mismo.

Querida Manuelilla:

Recuerdo tu voz leve como el canto de un pajarillo en el nido. Sigo pensándote llena de vida, ansío tus abrazos. Voy a luchar por ti, para borrar estos días tristes que son guaridas para los lobos del miedo. Volverán los juegos, llegarán besos nuevos, estarás a mi lado con esa sonrisa tuya tan parecida a la de los ángeles. Tú me das fuerza, hija, has de saber que te espero, que te busco cada día en mi memoria, que te escondes en los rincones de mi alma, que maduras en el beso que no he dado, que te quiero con locura, niña mía. Me has enseñado que todos los mundos caben en un sueño, y todos los sueños en un sólo mundo. Todos, absolutamente todos: la miel, la sal, los cuchillos blancos de la nieve, y un viaje de regreso. Tienes tan sólo ocho años. Tú no usas la pantomima de los adultos que exigen su teatro para representar cada momento de impostura. Tu vida es ahora tan suave, niña mía, que se me antoja tejida de terciopelo sobre el lecho verde del campo. Voy a pensarte nuevamente porque detrás de tus ojos grandes hay un horizonte nuevo. Cuando vuelva nos embarcaremos los tres para Buenos Aires, que es una ciudad preciosa que está al otro lado del mar. Allí empezaremos de nuevo.

BUENOS AIRES

Una habitación con vistas a la plaza de Mayo, un frasco de pastillas, tensiómetro, un hombre viejo, un destino perdido, manos rociadas de sarmientos, el licor espeso de la memoria.

-Don Bernardo, es la hora de la medicación, no se me enoje.

- ¿Quién eres tú?

- ¡Qué quilombo tenés en la cabeza, viejito! Soy Manuela, Manuelilla, la hija de Miguel. No me digás que no me reconocés ¿Viste? Tenés que tomar las pastillitas para que no se te olviden las cosas, maestrico.

- Manuelilla es una niña y tú eres ya una mujer. ¿Dónde está Miguel? Quiero ver a mi compañero.

- Don Bernardo, mírame bien. Soy Manuelilla. Llevamos ya cincuenta años viviendo en Buenos Aires. Gracias a vos tengo todas las cartas que mi papá me escribió cuando estaba en el campo de concentración de Mauthausen. Él no logró salir con vida, murió en la cantera, aplastado por una de las piedras que cargaba. Cumplimos su deseo, lo vendimos todo en el pueblo y viajamos contigo a la Argentina. Te ocupaste de mí desde que era pequeña, y ahora me vas a tener, porque me necesitás. Vamos, viejito, las pastillas. Tomá un poco de leche calentita con estas galleticas de avena.

Es una mujer muy bella tu hija, Miguel. Siento como si hubiera una frontera entre esta vida de aquí dentro, exigua y acogedora, y esa otra de ahí afuera donde siguen muriendo los hombres de Mauthausen, donde sigue cayendo la nieve sobre el *Lager*, sobre ti. Nunca te olvidaré, compañero, lo importante es contar nuestra historia, creer en nuestras palabras, gritarlas, conservarlas... ¿Has oído, Miguel? Acaba de tocar la sirena. ¡Despierta, compañero! En diez minutos tenemos que estar

formados en la plaza para el recuento. Hoy también nieva. La cantera está cubierta con un espeso manto blanco... ¡Vamos a por la primera piedra, compañero! Tenemos que subirla con cuidado, peldaño a peldaño, sin resbalar... Yo sé que ahora nuestros ríos son más hondos, Miguel, que la noche entera es una sombra que oprime. Vivir es asumir, unos tras otros, los distintos actos que hacen posible la existencia. En este momento nos toca asumir que somos prisioneros de los alemanes, pero no por ello hemos dejado de ser hombres. Sigue subiendo, Miguel, venga, compañero, sigue subiendo... Tenemos que apostar por nuestra supervivencia. Hay que asumirlo con la obstinación mercenaria del poeta, hay que vivirlo como el desafío del ratón que duerme junto al gato, como el ciego que busca su camino en mitad de la tormenta. Sólo es posible marchar hacia adelante. Tenemos que estar juntos todos los deportados españoles. Vamos a vencer la soledad y el miedo, no vamos a movernos por los días como si fueran los últimos momentos del mundo. Tenemos que volver a bajar a la cantera. No desesperes... ¿Acabó la jornada de hoy? Vamos a la barraca... Mira, Miguel, he vuelto a escribirle otra vez a Manuelilla como me pediste ayer.

Querida Manuelilla:

No he dejado ni un solo momento de pensar en ti. Escribo esta carta para llegar a tu corazón en una noche de nieve negra, te escribo para pensarte y calmar la terrible embestida de la ausencia. Estás creciendo dentro de mi alma segundo a segundo, y te voy sintiendo, mi niña. Veo tu sonrisa como cuando ponías en tu regazo al corderillo y lo acunabas. Te veo correteando bajo la parra, brincando en el agua de la acequia, saltando los bancales con Jacobo, nuestro perro. Espero que vayas a la escuela, aprender es lo más importante de la vida. Volveré muy pronto, te llevaré muchos regalos, no de aquí, que no hay nada, sino de una ciudad que hay cerca y tiene una tienda entera llena de muñecas y libros. Cuando regrese nos iremos a Buenos Aires como te he prometido tantas veces, para vivir sin rencores, sin miedo, para ser libres.

MANUELILLA

No voy a abandonarte nunca, maestrico don Bernardo, aunque te hayas perdido en el tenebroso laberinto de la desmemoria. Comenzaste a olvidar el nombre de los tangos que tanto te gustaban, a olvidar el olor de las flores, a olvidar el sabor de las noches porteñas... Comenzaste a recordar los días en Mauthausen, las jornadas en la cantera, las noches de cien años que vivíais en los barracones. Tu memoria herida vuelve una y otra vez a ese momento de plomo y cicatriz, a ese vivir muriendo que era por entonces el tiempo. Yo te sigo queriendo como si fueras mi papá, aunque tu voz sólo me nombre para imaginarme niña, la dulce niñita a la que escribías cartas desde el campo de concentración. Hemos pasado cincuenta años juntos, hemos compartido una vida entera como si fuésemos una familia, y ahora, en la vejez necesitas mi mano para conducirte. Muchos me han dicho que te lleve a una residencia. Pero lo que no saben es que vos no sos un lastre para mí, que ayudarte cada día me da aliento. No sobras en mi vida. En esa región en la que habitas sé que no has levantado otra ausencia para mí en la lista de todas las ausencias, sigo estando en un rinconcito de tu corazón. Te miro despacio. Lloro en silencio. Tú, maestrico don Bernardo, en un gesto inesperado, me acabas de pasar los dedos por las mejillas para enjugar mis lágrimas. Hoy es nuestro día, el de los dos, porque tú vives ya en mí, y yo en ti sé que vivo. Necesito seguir acariciando tus manos donde sigue estando los sueños de mi padre, los sueños de todos aquellos españoles que nunca regresaron a casa, y que mantuvieron, hasta el último momento, firme la esperanza. Te quiero, maestrico don Bernardo, te quiero mucho, papá...

JOSEFINA SOLANO MALDONADO